



# GLOBALIZACION Y ESTADO-NACION

*Dante CAPUTO*

**C**reo que el esfuerzo que estamos haciendo con este seminario está orientado básicamente a la identificación de la razón de ser del progresismo en este final de siglo. Final de siglo que, contra lo que se decía hace apenas cuatro o cinco años atrás, no es ni la inauguración de un orden definitivo en el mundo ni es el fin de la historia.

Apenas culminada la guerra fría se nos sugirió que el largo camino de la humanidad había concluido. Desde las tesis de Francis Fukuyama hasta la difusión generalizada de que habíamos ingresado a un nuevo orden mundial, todo indicaba que habíamos finalmente culminado ese largo camino. Es llamativo que un anuncio tan descomunal —el del fin de la historia y el surgimiento de un nuevo orden— sólo durase tres años. Ya no hay ni fin de la historia ni hay nuevo orden. Estamos en una compleja y perpleja transición. En la compleja y perpleja transición, nuestra perplejidad es qué somos, qué queremos y qué buscamos.

Por lo tanto, capítulo primero sobre agendas y adversarios. Yo nunca supe si las cosas que creía las creía porque había ad-

versarios o si había adversarios por las cosas que creía. Supongo que esta búsqueda nunca la resolveré. Sí sé que para saltar hacen falta vallas; que nadie rompe un récord mundial de salto de altura si no le ponen una valla. De donde no me parece exagerado deducir que independientemente de que sepamos resolver esta cuestión de adversarios e ideales es por lo menos metodológicamente conveniente saber cuáles son estos adversarios del fin del siglo. Adversario suena duro, y enemigos aún más, así es que utilizaré para estos efectos la palabra obstáculos. Entonces hablemos a todo efecto, para no irritar, de obstáculos que justifican nuestros saltos.

Cómo definir esos obstáculos. Yo digo en principio, y después concluiré con algo más preciso, que para mí son obstáculos todos aquellos que hoy por hoy conduzcan a la desaparición de la voluntad pública. Léase voluntad política si se quiere. Todo aquello que, en consecuencia, lleva al vaciamiento de la soberanía popular, al vaciamiento de la política, y que nos hace concluir, por lo menos en América Latina, este ciclo de diez o doce años de reconquista de la democracia con el peligro del confinamiento de la soberanía popular.

Veamos ahora con algún grado de precisión qué quieren decir estas cosas un tanto generales. Estamos discutiendo el tema de la globalización, palabra y concepto sin lugar a dudas equívoco, que ha dado para justificar, como todo neologismo y nueva idea, las más diversas situaciones en el mundo. El otro día salía del Congreso de la Nación a las 6 de la tarde, hora infame en Buenos Aires, para ir hacia mi casa, y por la avenida Callao tomé un taxi y la situación fue francamente insostenible. Durante 45 minutos traté de convivir con un chófer que estaba a punto de un ataque de nervios y de la explosión. Llegados a la avenida El Libertador, se abrió el tránsito, respiró el chófer y ahí fue que miró por el espejo retrovisor. Me encontró, se sintió obligado a una reflexión de política internacional y allí dijo aquella frase maravillosa que yo repito en los seminarios de globalización: «Maestro, esto es consecuencia de la globalización». Esta es la globalización que da para todo, que explica todo y que, sin embargo, la tenemos tan metida adentro que conviene por lo menos por algunos instantes desmenuzarla y analizarla brevemente.

Dos puntos para dar alguna precisión. La globalización no es sólo el hecho de que fenómenos acontecidos en un lugar impacten en lugares remotos. Esto no es nuevo. La decisión de Julio César afectó la vida de Vercingetórix, no hay ninguna duda. La de Isabel y Fernando produjo consecuencias en estas tierras, no hay ninguna duda. Creo que estamos todos de acuerdo en que

no se trata sólo de la capacidad de impactar en lugares remotos, sino de la velocidad con que esto sucede. Este no es un dato menor por más que tantas veces repetido. La velocidad de los hechos acontecidos en lugares distantes y su impacto inmediato hacen que el mundo exterior no sea ajeno a lo cotidiano. En ese sentido, la política exterior, el mundo, lo que sucede afuera son parte de lo cotidiano y de lo interno.

Segunda cuestión. La interacción es un dato de la globalización. No sólo hay impacto remoto, y no sólo es casi instantáneo, sino que además es un camino de ida y vuelta: hay una relación interactiva. Si bien esto es cierto, me permito introducir un matiz. Esta relación interactiva no es simétrica. No es lo mismo el impacto, para decirlo muy sencillamente, que la bolsa de Nueva York tiene sobre la bolsa de Sao Paulo, que el que la bolsa de Sao Paulo tiene sobre la bolsa de Nueva York. Y, en otro plano de cosas, vimos como las aventuras de J.O. Simpson, que parece que estaba acusado de matar a su ex mujer, invadieron el mundo con una vitalidad insólita, cuando tantos dramas infinitamente más ricos e importantes fueron ignorados por el conjunto del planeta. Por lo tanto, la globalización no es simétrica; es una avenida de doble mano, pero una es muy ancha y otra es muy angosta —la mano de regreso. La globalización tampoco es homogénea. No todo lo que pasa se difunde de la misma manera. Una cosa es la difusión del dinero en la aldea global, otra cosa es la difusión del conocimiento. Y una cosa es la difusión de ciertos conocimientos y otra cosa es la difusión de otros conocimientos. Le comentaba recientemente a Felipe González un dato por todos conocido: el 90% de los científicos que han vivido en los últimos 400 años están vivos hoy. Esta cifra estremecedora me llevó hace dos semanas a hacer el recuento de los 200 principales músicos que habían vivido en los últimos 400 años. Lo logré hacer y advertí que sólo el 2% está vivo. De forma que no todo lo que se globaliza es homogéneo ni se globaliza de ida y vuelta de la misma manera.

Dicho esto, vayamos a nuestros problemas, que eran los adversarios y las agendas.

Yo diría que el primer dilema que vamos a enfrentar o que enfrentamos en este tema de la globalización es cuánto de mundo y cuánto de nación. Hace algunas décadas, el debate —no concluido a la luz de nuestras deliberaciones de hoy— era y es cuánto de mercado y cuánto de Estado. La socialdemocracia había inventado aquella ingeniosa fórmula: tanto Estado como sea necesario, tanto mercado como sea posible. Nunca siguió discutiendo quien definía lo posible y quien definía lo necesario, pero la fórmula era ingeniosa. Hoy tenemos este tipo de di-

lema: cuánto de mundo y cuánto de nación. Y digo esto porque en rigor este problema del mundo y de las naciones ha adquirido, por lo menos en algunos lugares, un nivel al que podríamos llamar de opción crítica. Es como si la aparición de esta bendita aldea global estuviera absolutamente conectada con la idea de que tarde o temprano los estados nacionales van a desaparecer.

La globalización en esta visión exagerada y absoluta, tan típica de estas arenas exteriores, conduciría tarde o temprano a la anacronía de los estados nacionales. Quiero analizar con algún cuidado esta cuestión. Esto no es una idea presente en los países centrales. Es una idea —insisto— típica de las exageraciones con que algunas concepciones y modas llegan a nuestras tierras, particularmente a la mía. Existe una brutal exageración que lleva a concluir que la aldea global decreta tarde o temprano la anacronía de los estados. La tesis explícita es todo lo contrario: en el Norte, en los países centrales de ninguna manera se acepta. Permítanme leer cita de Malcolm Rifkin, último canciller conservador británico: «Tomen, por ejemplo, el mercado global. En comercio y en medios informativos estamos cerca del fin de la geografía. Lo que importa en las altas finanzas y en las emisiones hoy no es el lugar, sino la velocidad del acceso de la información. El capital internacional fluye y las corporaciones multinacionales operan libremente a través de las fronteras de los estados nacionales. Pero esto no significa el fin de la soberanía y lo fundamental es que el Estado-nación sigue siendo la piedra fundamental del sistema internacional».

Esta obvia verdad relatada no por alguien compañero de estas ideologías sino de lo contrario, señala que la piedra básica de organización del mundo, aun con las restricciones introducidas por la globalización, y particularmente por la financieras, sigue siendo el Estado-nación. Esta verdad parece entrar en crisis en aquellos lugares donde la exageración de la idea de globalización ha llevado a pensar que el Estado-nación desaparece. La tesis a mi juicio es la contraria: para subsistir, para navegar en el mundo de la globalización, es indispensable la fortaleza del Estado-nación.

Porque esto es así y porque lo afirmo. Hay muchas globalizaciones, pero hay una que me parece particularmente importante de subrayar. Es por todos conocida, pero tiene algunas consecuencias que vale la pena indagar. Se trata de la globalización financiera. Cuando yo hablo de la globalización financiera, estoy diciendo lo que todos conocen. Las transacciones mundiales del mercado financiero son aproximadamente 1.300 miles de millones de dólares. Cifra inmensa que no quiere decir nada.

Esto quiere decir en la práctica que en el año se negocian en el mercado financiero mundial el equivalente de 1.500 veces el producto nacional de mi país. Entran y salen, se reasignan, se deciden por voluntades que no tienen nada que ver con lo público, el equivalente de 1.500 veces el esfuerzo de 35 millones de habitantes de la Argentina. El problema no es solamente el tamaño del mercado financiero. El problema es que este es el primer mercado en la historia del mundo que no tiene ningún Estado por encima.

Segundo problema, que en este mercado un 80% corresponde a movimientos especulativos de corto plazo. No hace falta esforzar la inteligencia para deducir dos pequeñas cosas. Primero, que si el 80% son transacciones de corto plazo, su lógica es la reproducción del dinero a través del dinero. No es necesaria la creación de riqueza. Y la segunda conclusión, que esta suerte de paroxismo de la ganancia no tiene límite alguno. No hay poder público, no hay control ninguno que se ejerza sobre esta forma de organización del mercado financiero mundial. Las consecuencias son inmensas; consecuencias para el Sur, consecuencias para el Norte. Permítanme muy rápidamente dos citas que creo que son pertinentes. Una de Lester Ford: «Si uno quisiera saber las causas principales de la crisis mexicana sería mejor echar un vistazo a los Estados Unidos. Debido a las bajas tasas de interés bancario destinadas a combatir la recesión de los años 1990-1991, cientos de millones de dólares pasaron de las cuentas de ahorro de los norteamericanos a los fondos mutuales de más alto rendimiento. Para pagar más altos rendimientos, los gerentes de los fondos mutuales tenían que obtener más altas ganancias y, como es lógico, enviaban su dinero a México. Cuando las tasas de interés de los Estados Unidos volvieron a subir, los mismos gerentes comenzaron a repatriar su dinero. Con el dinero que salía a montones y manejando un déficit en la cuenta corriente, era una cuestión de tiempo hasta que México agotara su reserva de divisas. En febrero de 1994, tenía 30.000 mil millones de dólares en reservas de divisas. En diciembre, esa cifra había bajado a 6.000 millones de dólares». Aquí no hubo ninguna cuestión de mucho o poco mercado, Estado, capitalismo, eficiencia. No. Aquí hubo simplemente un mal humor, un interés y luego un mal humor de parte del capital financiero internacional que se tradujo en todo esto, más la vulnerabilidad mexicana. La traducción política de esto la conocemos: Salinas, endiosado hacía pocos meses, pasó a ser demonizado al punto que todos conocemos.

Pero esto no ocurre sólo en el Sur. Otra cita. Jean Paul Fitoussi, en *El debate prohibido* sobre las causas del paro en Francia dice: «Aunque el paro ha aumentado vertiginosamente,

en Francia no lo ha hecho en la misma forma que en Estados Unidos ni en los países no comunitarios. Sin embargo, los fenómenos que acabamos de evocar son de ámbito global y deberían afectar a todos los países por igual. La existencia de estas diferencias es en sí misma contradictoria frente al análisis clásico de las causas posibles y los remedios aplicables. Las causas clásicas son la robotización, el bajo costo de la mano de obra en el Sudeste asiático, la flexibilización laboral extrema de algunos países, la competencia con estos países. Es decir, si esas causas universales son las que explican el paro, si son universales las causas, los efectos deberían ser universales. Pero resulta que el paro no es igual en las economías de la OCDE. Por lo tanto, la causa ha de estar en otro lado. Por lo que hace referencia a las causas verdaderas profundas del paro, una que la mayoría de las veces ha sido considerada una causa menor, cuando no negada en forma inocente, me parece de una importancia primordial. Efectivamente coincidió que el verdadero origen de la situación en la que nos encontramos es el nivel anormalmente alto de las tasas de interés reales, y esto desde hace 15 años».

Por lo tanto, tasas de interés reales, movimientos especulativos del capital, explicación del paro en Francia, explicación de la más grave crisis financiera de la década en este continente, mal humor del capital financiero, entrada, salida, no regulación pública de sus designios.

¡Quién puede decir frente a estas circunstancias que la globalización nos debe conducir a la desaparición de los estados nacionales! Convergencias diabólicas. Agreguen a esto algunos datos más, no homogéneos, pero sí estremecedores en algunos lugares. ¿Qué pasa cuando a esta situación, caracterizada por la dimensión de este mercado, y por los objetivos no públicos ni controlables de este mercado, se agregan además situaciones nacionales, en las cuales las recetas neoliberales son llevadas también a un punto paroxístico, a un punto de exageración casi absoluta? Y, ¿qué sucede cuando, además de estos mercados sin voluntad pública, estas masas inmensas que deciden y las recetas extremas neoliberales, se agrega la concepción de que el Estado debe tarde o temprano dejar lugar a la aldea global?

La secuencia sería la siguiente. Punto primero: la globalización a la cual hemos hecho referencia, crea las condiciones para una circulación irrestricta de capitales y su reasignación casi inmediata en función de la maximización de ganancias. De lo que se trata aquí es de la inmensa dificultad para regular estos capitales. La era de las regulaciones gubernamentales de las empre-

sas ha concluido. Las actividades se dirigen a donde no sean reguladas y a menudo puede ocurrir que esa reubicación se efectúe sin desplazamiento físico alguno. En vista a que las actividades capitalistas emigran hacia los lugares con las menores regulaciones y las más bajas cargas sociales, los gobiernos nacionales ahora están compitiendo entre sí por dichas actividades. En una economía global, cuando una nación tiene altos impuestos y gastos sociales, digamos Suecia, las empresas simplemente se trasladan a las sociedades con más bajos impuestos y servicios sociales. La era de la regulación económica nacional ha quedado atrás y la era de la regulación económica mundial no ha llegado.

Y ahí estamos, entre una regulación nacional que ya no existe y un sistema mundial que todavía no ha aparecido. Lo cual me parece que nos permite decir, y he aquí un dilema de la actual situación, si regulo no me dejan vivir y si no regulo me muero. Si regulo se van a otro lado y me desestabilizan inmediatamente. Pero si no alcanzo de alguna manera a contener este designio extranjero que transforma a la economía de mercado en nación de mercado, termino muriendo. Este problema me parece de enorme vitalidad en el dibujo de la agenda que nos inquieta y nos llama a esta reunión.

Segundo punto de la secuencia. La globalización y la búsqueda de desregulación generan esta situación. La lógica financiera sustentada en un volumen de transacciones diarias de 1.300 miles de millones de dólares, tiende a imponerse sobre la lógica productiva.

Punto tres. La capacidad de los capitales financieros especulativos para dirigirse hacia donde encuentran las menores regulaciones, lleva obviamente al conjunto del sistema y a los países a una creciente desregulación o a una disminución de los controles. Disminución de los controles para permitir la circulación de capitales asignados por un mercado que no tiene ningún control. Resignación, renuncia, desaparición de la voluntad pública, desde los estados y fuera de los estados. Esta tendencia a la desregulación se profundiza además cuando se le agregan las consecuencias de las propias políticas nacionales impulsadas por algunas versiones neoliberales extremas. En esas condiciones la lógica financiera y especulativa tiende a dominar a las economías nacionales.

Finalmente, el fenómeno se amplifica aún más y llega al punto del peligro, cuando se deduce que tras el ingreso a la aldea global los estados nacionales tarde o temprano se volverán anacrónicos.

Unas breves conclusiones frente a estos peligros. Decía al comienzo que sean ideales, sean reacciones, hay que tener vallas para poder saltar. Me da la impresión de que esta tendencia a la desaparición de la voluntad pública es una de las vallas esenciales, a partir y en torno a las cuales vale la pena construir una agenda. Esto significa, ni más ni menos, el problema por la positiva de la reconstrucción de la soberanía al interior y de la soberanía exterior de los estados. Lo expondré con un silogismo.

De la democracia podemos tener mil definiciones, pero hay una cierta: la democracia no es que la mayoría decida la verdad, la mayoría decide el destino. A veces decide la verdad, otras veces no. Lo que vota la mayoría, porque es mayoría y soberana, es un cierto programa para ser aplicado por un cierto gobierno en un Estado. Si el Estado no es soberano —es decir, tiene ante sí poderes tan grandes, mayores que él—, el programa no tiene sentido, no es gobernable, y la mayoría ha elegido en vano. Las consecuencias para la democracia están claras. Si el Estado, ocupado por el gobierno elegido por la mayoría en torno a un programa ni siquiera tiene nación, o porque renuncia a ella por la aldea global o porque se imponen a ella, la democracia paga carísimo esta cuenta.

Algunas observaciones finales. Yo creo que estamos frente a inmensos riesgos y perplejidades. No trataría de ninguna manera de abarcarlas todos, pero digo: es un objetivo resolver el dilema de la regulación. Dejamos la era de las regulaciones y aún no ingresamos a la era de las regulaciones mundiales. Entre tanto tenemos que sobrevivir. Los países fuertes de la tierra tienen naciones fuertes. Saben cómo enfrentarse a este mundo de la globalización y al mercado financiero sin voluntad pública. Nosotros, no. Si no sabemos como hacerlo, ponemos en riesgo nuestra viabilidad nacional.

Conclusión de esto. Esperando que lleguemos a la regulación mundial, tenemos que aumentar la masa crítica de política regional. De donde derivo lo que es a mi juicio, y desde el punto de vista de mis compañeros políticos de la alianza en Argentina, lo que nosotros definiríamos como el objetivo estratégico nacional de mi país. El objetivo estratégico nacional que ordena todas las otras políticas es la construcción de esta masa crítica política que nos permita navegar en este mundo que está en contra de la voluntad pública. Recrear la voluntad pública, la soberanía interior y la soberanía exterior, implica un trabajo eficaz y audaz para construir esta masa crítica en el sur de este extremo occidente de la América Latina. Esto significa pasar del Mercosur comercial —decía bien Huntington que el comercio pone en contacto a los pueblos, no los pone de acuerdo. Y acá tenemos

---

que ponernos de acuerdo, y pasar del Mercosur comercial al Mercosur económico, y esto quiere decir políticas compatibilizadas en el marco de lo macroeconómico. Sin eso no aumentamos grados de libertad. Y finalmente, imaginar el Mercosur político. La Argentina, desde su primera identidad que es la rioplatense, creo que debe definir su objetivo estratégico en esos términos: la alianza comercial, económica y política con Chile y Brasil.

Estos son objetivos que no resuelven nuestra perplejidades, pero son instrumentos que nos permiten saltar las vallas que se nos presentan al final de este siglo.

---